




Tipología de ciertas reformas

 Humberto Njaim



Renovar una organización con una prolongada trayectoria histórica y con un alto grado de complejidad es tarea casi imposible. Pero puestos a renovarla hay que tomar conciencia de las innumerables dificultades que se presentarán y elaborar un minucioso y detenido programa de cambio que tome en cuenta lo vasto y complicado del empeño.

Desgraciadamente y a pesar de lo banal que puedan parecer las anteriores afirmaciones la mayor parte de las veces esto no ocurre así. Por lo general se cuenta, consciente o inconscientemente, con el prestigio que goza, de por sí y desde el comienzo, toda causa innovadora. En ciertos medios es ya una cuestión de ritual apoyar los cambios sin creer en ellos y también oponerse de manera que no resulte muy evidente. Nadie quiere aparecer como un obstáculo a la marcha del progreso. De esta forma nos encontramos con el hecho sorprendente de que un escuálido papel de trabajo o unas cuantas normas rudimentarias que sirven de base a un proyecto de transformación reciben una acogida que está en proporción inversa a su endeble sustancia y sus muchas deficiencias.

En las aguas turbias del cambio mal concebido y peor engendrado proliferan temperamentos audaces que tienen la capacidad de sintonizar rápidamente con cuanto haya de novedoso para utilizarlo como instrumento de su arribismo. Muchos de tales intentos hubieran podido frustrarse desde muy temprano si algún espíritu recio se hubiera atrevido a

pedir ingenuamente una explicación precisa acerca de la innovación propuesta y sus ventajas frente a sistemas anteriores. Ciertos cómicos enredos las pocas veces que ello sucede han bastado para hechar a pique propuestas aventuradas o no suficientemente maduras.

Pero supongamos el mejor de los casos. Esto es: Una minoría ilustrada se entera y convence de que ciertas formas adoptadas en otras partes ofrecen ventajas y representan un avance frente a otras practicadas en el propio medio.

Supongamos, que este convencimiento está propulsado por el ardor y la energía de la juventud. Supongamos que los modos y maneras existentes acaban de pasar por un período de aguda crisis. Supongamos, finalmente, que el ámbito de aplicación de las reformas lo constituye una parcela, aunque importante, limitada y autónoma de la actividad social y, por tanto, de interés remoto para la generalidad.

Con todos estos supuestos ¿qué ocurrirá? ¿Acaso debates incendiarios y polémicas interminables? ¿Acaso resistencias sin cuento y oposiciones estentóreas? No, nada de eso podremos constatar. En el curso del camino, sin embargo, las cargas se enderezan... o más bien se tuercen más de lo que ya venían. Calmada la primera excitación empieza a hacerse patente la fragilidad de todo el parapeto. Ya desde muy temprano se ha producido la defección de quienes concibieron el cambio con una

serie de matices y sutilezas conceptuales que desaparecen en el salto que hace la idea desde los pensadores hasta la burocracia y los dispositivos reglamentarios. En ciertos espíritus poco asentados se pasa rápidamente del entusiasmo al arrepentimiento por su osadía.

Lo más interesante, sin embargo, es ver cómo silencios aparentemente aprobatorios escondían, en realidad el germen de las resistencias más obstinadas y, a la larga, más difíciles de vencer. Argumentos y reservas y hasta críticas *ad hominem* que no se han voceado en público se convierten en tema de dimes y diretes y de chismes de pasillo y café. Empiezan a circular los rumores más estrafalarios y hasta malignos. Surgen las preguntas anteriormente reprimidas y no se hacen esperar las respuestas poco sólidas y hasta contradictorias de partidos apasionados.

A la primera tergiversación o pecado originario de la reforma se agregan otras adulteraciones que son el resultado de formas de acomodo entre la inercia institucional y el empuje ya bastante remoto del primer impulso reformista. Los viejos moldes reciben el bautismo de las nuevas palabras. Lo que en definitiva ha resultado estar lejos de las intenciones primigenias. El híbrido que así surge algunas veces tiene el mérito de ser una concordia original e inesperada entre lo nuevo y lo viejo. Ha concluido un proceso, se ha cerrado un ciclo, unos mecanismos y dispositivos se establecen... hasta la próxima crisis.

Atenta Mente

Tomemos asiento...

Al parecer, el Archivo General de la Nación atraviesa situación tan amenazante que miles y miles de legajos que guardan en sus páginas buena cuota de la historia nacional, están en peligro de perderse. Al parecer, las viejas iglesias de Cojedes están amenazadas de ruina, a causa del abandono en que se encuentran. Al parecer, la banda de conciertos de Maturín no dispone para los ensayos sino con una especie de manicomio. Estas tres noticias, avalada cada una con la firma de un periodista, dan una

muestra precisa de la situación que atraviesa en Venezuela la causa general de la cultura, máxime si extendemos la mirada hacia el interior del país. Cada vez que hay una culpa, es necesario convenir que existe un culpable. ¿Cuál es el culpable de lo que decimos?

El país cuenta con un organismo pomposamente nombrado Consejo Nacional de la Cultura, y que cuenta con la asistencia de una gruesa cantidad de millones que, al parecer, queda absorbida por un monstruoso

vampiro antidiluviano llamado **burocracia**. ¿Qué ha hecho el CONAC para salvar el Archivo General de la Nación? ¿Qué ha hecho el CONAC para evitar el derrumbamiento de las viejas iglesias de Cojedes? ¿Qué ha hecho el CONAC para ayudar a esa desamparada banda de conciertos de Maturín? Nada sería más satisfactorio que recibir respuestas concretas a estas preguntas concretas. A la espera de ellas, tomemos -escépticamente- asiento...

SENSUS